

AGENDA DE LIBROS- 23 de enero de 2008

ACTUALIZADO LOS MIÉRCOLES



por Antonio Cabañas
48 años

"Los libros deben ser leídos tan deliberada y reservadamente como fueron escritos" Henry David Thoreau

Quiere esta página ser testigo de lo que cada semana presentan los suplementos literarios de los periódicos, y que el lector tenga referencia tanto de lo más fresco del mercado como de las perlas que encierren los diarios de mayor relevancia en el ámbito nacional. En esta ocasión, El País, ABC, El Mundo y La Vanguardia, lo que no es óbice para que en el futuro, u ocasionalmente, se añada algún

Antonio Moresco. La cebolla. Melusina. 10 €



melusina[sic]

Confieso que no conocía a Antonio Moresco (Mantua, 1947), un escritor de culto en Italia, que antes de dedicarse a la literatura militó en las filas de la extrema izquierda y participó activamente en la vida política de los años setenta. Pero esta perturbadora novela me ha conquistado, hay en ella mucho más de lo que leemos apresuradamente, la prisa por saber, la conducción rápida de sus frases que obliga a pasar por alto detalles si bien quedan en la retina, una novela que tras acabarla deja un poso que se metamorfosea en el pensamiento.

La cebolla comienza:

"Llegamos temprano a esta gran ciudad cuyo nombre no diré mezclados con grupos de trabajadores que jugaban a las cartas y bostezaban. El tren ya había empezado a aminorar la marcha y antes de entrar en la estación se había inclinado un poco. Se deslizaba despacio por los grandes puentes de mármol, se insinuaba en los resquicios inesperados de las calles, a escasos metros de las ventanas más altas de las casas, y se podían cruzar miradas con quienes andaban en pijama detrás de los cristales. Se había inclinado aún más al trazar una curva de las vías y parecía que en cualquier momento iba a vencerse.

Me apeé con cuidado, sujetándome al tirador de la puerta, porque los peldaños presentaban un ángulo innatural, y al pisar en el andén experimenté por un instante una leve sensación de vértigo. Me volví hacia ella para ayudarla a bajar".

Ese fijarse en el ángulo de los peldaños, los peldaños de los vagones de tren que efectivamente siempre nos parecen innaturales, imposibles para posar en ellos un pie, y ese vértigo leve que le acomete al llegar a la ciudad, ya deberían hacernos intuir un delirante desarrollo". Les recomiendo continuar la lectura de este primer capítulo antes de correr a la librería a adquirirla o encargarla, léanlo [aquí](#)

¿A qué se refiere la cebolla del título? En un primer momento Moresco nos da la siguiente indicación:

"Seguí mirando a mi alrededor. Aquella habitación debía de haber sido una gran cocina, estaba convencido, porque un fragmento de calcomanía, lijada pero no completamente borrada, aún podía verse en uno de los azulejos detrás de la cama, de mi lado. Se distinguía una cebolla casi entera, la cual debió haber formado parte en tiempos de un grupo heterogéneo de hortalizas porque se reconocían un poco más abajo un fragmento morado de berenjena y un manojito verde de perejil. Y ciertos trazos minúsculos, visibles también en otros azulejos, indicaban que el grupo debía repetirse con regularidad según un sencillo esquema simétrico, un azulejo sí y tres no. Todo ello me persuadía cada vez más de que la casera había dividido en dos un piso de un par de habitaciones para poder alquilarlas por separado..."

Una habitación dividida en dos, una pareja silenciosa, el narrador, un hombre obsesionado con el sexo, dominador, que vuelve a una ciudad de la que tuvo que huir, lo sabemos por los datos que se van esparciendo por las páginas; la mujer, obsesionada con pesarse en una báscula de baño, sumisa, finalmente pasiva; y unas tortugas que se mueren. Al otro lado del tabique, otra pareja, a la que el protagonista denomina Tato y Tata, una pareja que habla y habla.

"-Seguro que han alquilado la habitación de al lado -me dije-, o, más bien, la otra mitad de esta habitación..."

Sí, había dos personas al otro lado, estaban murmurando algo tras el delgado tabique."

"-Seguro que tienen la cabecera de la cama pegada a la nuestra."

Otras parejas que vienen a ver el piso, siempre coincidiendo con la hora de comer, la construcción en el inmueble de un ascensor, ya utilizable hacia el final de la novela. En medio de un ambiente muy familiar para nosotros los latinos:

"Nos despertó un estruendo de alfombras sacudidas que hacía temblar todo el edificio. Ella miró el despertador asombrada: ya eran las siete de la mañana. Nos demoramos bajo las sábanas entre contorsiones. Afuera, el fragor de alfombras sacudidas era cada vez más fuerte. Una radio propagaba las canciones de la mañana desde la esquina opuesta del bloque, en el patio la hormigonera había comenzado a dar vueltas, un recién nacido lloraba en uno de los pisos de arriba y la persiana de un pequeño taller de la planta baja subió con estrépito. Seguimos abrazados un rato más.

-Tengo que levantarme -me dijo.

Pero un instante después, arrodillado detrás de sus nalgas, la empujaba hacia arriba levemente con cada golpe... Procuraba que no se golpease la cabeza con los azulejos y, al mismo tiempo, intentaba encontrar un ritmo distinto de la sacudida de alfombras del patio."

Mientras poco a poco irá introduciendo al lector en una historia de amor, sexo, soledad y delirio. Sexo, sexo y sexo, con la bombilla como testigo:

"... el armazón de la cama golpeaba contra los azulejos. Sus pies estaban en vilo en el aire y daban saltitos. Quizá se los estuviera observando desde abajo, recortados contra la luz de la bombilla que colgaba desnuda del techo." (Pág. 24)

"... cuando vi que se desnudaba y se disponía a depositar las gotas de sus nalgas en la cama inclinándose hacia delante, tendí en silencio la mano y ofrecí la palma justo cuando se sentaba. La levanté por la espalda. Desde el techo, la bombilla podía contemplar sin trabas el interior de su cuerpo por todos los orificios." (Pág. 35)

Sexo en un parque, con una farola de neón como testigo. Sexo, con la pareja que vive y habla al otro lado del tabique, como testigos.

Jordi Gracia, en *Babelia*, describía así la trama: "pesadilla erótica, neurótica y autodestructiva. La expectativa de una huida de amantes felices deriva hacia una sádica relación brutalizada por el narrador protagonista, violenta y enferma en esa cabeza que cuenta mientras construye un aislamiento protector del mundo (...): sus angustiosas sensaciones ante todo y contra todo, la pareja que vive al lado, las tortugas que compra y se le mueren, la visita a ese médico que debió serlo alguna vez del muchacho que es hoy el desequilibrado narrador, armado de silencio y violencia para proteger su propio ruido mental. La cebolla se pudre como se le está pudriendo el sexo y se le está pudriendo la misma cabeza, su ser mismo, que aspirará a dejar plantado como una semilla de desesperación en el cuerpo (que es ya sólo vegetal) de su amante sin nombre y sin voz".

Pero el comentario que más me ha gustado es de [Nuño Vallés](#), en *El Confidencial*:

La pareja se recluye en una diminuta habitación, un nicho cerrado al mundo que tiempo atrás era mayor pero la propietaria dividió para alquilar dos estudios en vez de un apartamento. Con ello se subraya la fragmentación del individuo contemporáneo, al tiempo que se acrecienta la sensación de asfixia -con constantes alusiones al hedor genital del espacio y las dificultades para respirar del protagonista-. El hombre irá escalando peldaños de excitación sobre una mujer que se vuelve más y más pasiva conforme va perdiendo interés en la relación sexual, aumentando la tensión entre ambos hasta el clímax final en el que la cebolla cobra protagonismo.

Ésta, en tanto que símbolo de la fecundidad y de la vida, convertirá las patologías mentales del hombre -paranoia y satiriasis- en lo que Da Bon denomina "codicia fecundadora", una huida hacia delante para un personaje cuyo destino es claramente nefasto. El mundo en el que habita es apocalíptico, plagado de enfermedad, dolor, obsesión; la amenaza es permanente, la salida no es posible. Su ansia autodestructiva arrastra a su pareja y tiene en el sexo turbio un escape que es, al tiempo, una forma de diseminar su enfermedad, de contagiar el presente de su propia desesperanza. Su "codicia fecundadora" será la prolongación del castigo para ambos: "mientras tanto, en su interior, brotando de su minúsculo corazón ácido, la cebolla comenzaba ya a formarse, le rebanaba el útero con sus membranas carnosas, succulentas".

De Moresco, la editorial Melusina también ha publicado 'El volcán' (2006)